

Y no hay que sorprenderse de que los hijos más ameritados sean tratados de ese modo si el Padre mismo, es decir el Jefe de la Cristiandad, el Pontífice Romano es tratado de igual manera. Los hechos son bien conocidos. Despojada de la soberanía temporal y privado por esto mismo de la independencia que le es necesaria para llenar su misión universal y divina; obligado en esta misma Roma que le pertenece, á encerrarse en su propia morada, por que un poder contrario lo acedia por todas partes, ha quedado reducido, apesar de las seguridades irrisorias de respeto y de unas promesas de libertad bien precarias, á una condición anormal injusta é indigna de su alto ministerio. Por Nos mismo sabemos demasiado cuántas dificultades se nos suscitan á cada instante, disfrazando nuestras intenciones y ultrajando nuestra dignidad. Las pruebas á que se nos sujeta es real, y cada dia es más y más evidente; y es que se ha querido destruir el poder espiritual del Jefe de la Iglesia cuando se ha puesto la mano sobre el poder temporal del papado. Los que fueron verdaderos autores de esta espoliación no han vacilado en confesarlo.

Juzgando por las consecuencias, ese hecho no solamente ha sido impolítico sino que ha revestido el carácter de un atentado antisocial por que los golpes que se acestan á la religión son otros tantos golpes aplicados al corazón mismo de la sociedad.

Formando al hombre como un ser destinado á vivir con sus semejantes, Dios en su infinita providencia fundó la Iglesia, y según la expresión bíblica, la estableció sobre la montaña de Sion á fin de que sirviese de antorcha y que con sus rayos fecundos hiciese circular el principio de vida en los infinitos repliegues de la sociedad humana, dándole reglas de una sabiduría celestial merced á las cuales pudiera establecerse en el orden y de la manera que las conviniera mejor. Así, pues, á medida que la sociedad se separa de la Iglesia, parte considerable de su fuerza se la ve decaer y las ruinas se multiplican en su seno, porque se separa lo que Dios ha querido esté unido.

En cuanto á Nos nunca nos hemos cansado, en todas las ocasiones que hemos tenido á la mano, de inculcar esas grandes verdades, y hoy hemos querido hacerlo una vez más, de

una manera expresa en esta ocasión extraordinaria. ¡Plegue á Dios que los fieles, sintiéndose valerosos y fortalecidos hagan converger más eficazmente hacia el bien común todos sus esfuerzos, á que nuestros adversarios abran los ojos y comprendan la injusticia que cometen al perseguir á la madre más amante y á la bienhechora más fiel de la humanidad!

Nos no queremos que el recuerdo de los dolores presentes, abata á los fieles ni debilite la entera y plena confianza que deben tener en la asistencia divina, porque Dios mandará á su hora y por sus caminos misteriosos, el triunfo definitivo. En cuanto á Nos, por grande que sea la tristeza que llene nuestro corazón, no dudamos de los inmortales destinos de la Iglesia. Como lo dijimos al principio, la persecución está en su papel ó cumple su destino, probando y purificando á los fieles, hace que Dios reserve para ellos unos tesoros más preciosos y más altos; y si Dios aparentemente abandona en estas luchas á la Iglesia, no le escasea su divina asistencia, sino que le proporciona medios imprevistos y nuevos que le aseguran la existencia y le facilitan el desarrollo de sus obras, sin que los poderes conjurados contra ella lleguen á destruirla. Diecinueve siglos de una vida que ha corrido entre el flujo y reflujo de las vicisitudes humanas, nos enseña que las tempestades pasan sin que jamás lleguen á sepultarla en el abismo.

Podemos permanecer tanto más firmes en la confianza divina, cuanto que el presente mismo encierra síntomas inequívocos, que nos permiten abrigar esa esperanza. Las dificultades son extraordinarias, formidables, no hay para qué negarlo; pero en cambio ciertos hechos que se desarrollan á nuestros ojos, aseguran que Dios cumple sus promesas con admirable sabiduría y bondad. Mientras innumerables fuerzas conspiran contra la Iglesia, ésta avanza sin embargo privada de todo auxilio, de todo apoyo humano; ¿y no es cierto que ella prosigue su camino por el mundo y lleva adelante su obra gigantesca extendiendo su acción entre las naciones más diversas y bajo todos los climas?

Vencido por Jesucristo el príncipe de las tinieblas, éste no podrá ya ejercer su poder altanero como en otro tiempo, y los esfuerzos de Satanás nos suscitarán ciertamente, algunos



males, pero ellos no llegarán á su fin. Una paz sobrenatural, debida al Espíritu Santo, que cubre á la Iglesia con sus alas y que vive en su seno, reina ya, no sólo en el alma de los fieles, sino también en toda la cristiandad; paz que se desarrolla con serenidad, merced á la unión, más y más estrecha cada día, más y más confiada, del Episcopado con esta Sede Apostólica; unión que hace un contraste maravilloso con la agitación, las disenciones y la fermentación continua de las sectas que altera la paz de la sociedad. Esa unión armoniosa existe también entre los Obispos y su clero, y es fecunda en innumerables obras de celo y de caridad.

Finalmente, se encuentra entre el clero y los laicos católicos, quienes más unidos y más despojados de respetos humanos que nunca, se agrupan y se organizan con una emulación generosa para defender la causa santa de la religión. ¡Oh! esa es la unión que Nos hemos recomendado frecuentemente y que recomendamos de nuevo ahora, bendiciéndola, á fin de que se desarrolle más y más ampliamente para que pueda oponerse, como un muro indestructible, á la fogosa violencia de los enemigos del nombre divino.

Nada es, pues, más natural que, á semejanza de las simientes que germinan al pie del árbol, renazcan, se fortifiquen y se multipliquen las innumerables asociaciones que Nos vemos florecer con júbilo en nuestros días, en el seno de la Iglesia. Se puede decir que ninguna forma de la piedad cristiana ha sido olvidada, porque se trata de Jesucristo mismo y de sus adorables misterios, ó de su Santa Madre ó de los Santos cuyas insignes virtudes han brillado más. Igualmente, ninguna de las varias formas de la caridad ha dejado de practicarse, y por todas partes se ha rivalizado en celo por instruir cristianamente á la juventud, para cuidar á los enfermos, para moralizar al pueblo y para volar en socorro de las clases más desvalidas. ¡Con qué rapidez se propagaría ese movimiento y cuántos preciosos frutos rendiría, si á él no se opusiesen disposiciones injustas y hostiles, á las cuales hay que sustraerse con mucha frecuencia!

Dios, que da á la Iglesia una vitalidad tan grande en los países civilizados, y en donde se halla establecida desde hace muchos siglos, quiere aun consolarnos con otras esperanzas. Esas esperanzas las debemos al celo de los misioneros. Sin

dejarse vencer por los peligros, por las privaciones y por los sacrificios de todo género que tienen que imponerse, se multiplican y conquistan para el Evangelio y la civilización comarcas enteras. Nada puede abatir su constancia, por más que, como aconteció al Divino Maestro, no recoge muchas veces, más que acusaciones y calumnias, en recompensa de sus infatigables trabajos.

Las amarguras, pues, de estos tiempos están suavizadas por consuelos muy dulces, y, en medio de las luchas y de las dificultades que son nuestro patrimonio, tenemos muchas cosas con que aliviar nuestra alma, y que nos hacen esperar. Este es un hecho que debería sugerir útiles y sabias reflexiones á cualquiera que observe el mundo con atención y sin dejarse cegar por la pasión; porque él prueba que Dios no ha hecho al hombre olvidadizo de cuanto se refiere á su fin último y que le ha hablado siempre como le habla todavía hoy á su Iglesia, visiblemente sostenida por su asistencia divina, mostrando claramente el camino que conduce á la salvación y á la verdad.

Por esta razón, aquella celestial solicitud debe llenar nuestro corazón de una esperanza inagotable: ella nos persuadirá de que la hora señalada por la Providencia en un porvenir que no está lejano, la verdad, rasgando las nieblas con las cuales se procura velarla, resplandecerá más brillante que nunca, y el Espíritu del Evangelio derramará de nuevo la vida en el seno de nuestra corrompida sociedad y reanimará sus miembros agotados.

Nos, por Nuestra parte, Venerables Hermanos, no dejaremos de procurar que se apresure el día de las Misericordias del Señor, cooperando activamente como es nuestro deber, á la defensa é incremento de su reino en la tierra. A vosotros no tenemos exhortaciones que dirigir. Nos es bien conocida vuestra solicitud pastoral. Ojalá que la llama que arde en vuestros corazones se transfunda siempre más y más á todos los ministros del Señor que comparten vuestros trabajos. Ellos se encuentran en contacto con el pueblo, y conocen sus aspiraciones, sus necesidades, sus sufrimientos y también las asechanzas y las seducciones de que está rodeado. Si, llenos del espíritu de Jesucristo, y manteniéndose en una esfera superior á las pasiones políticas, unen su acción á



la vuestra, lograrán con la bendición de Dios obrar maravillas ilustrando las multitudes con la palabra, atrayendo los corazones con la suavidad en el modo, ayudándoles caritativamente en la progresiva mejoría de su condición. El clero se verá igualmente corroborado con la acción inteligente y operosa de todos los fieles de buena voluntad: así los hijos que hayan gustado las caricias de su tierna Madre la Iglesia, las pagarán condignamente con acudir á la defensa de su honor y sus glorias. Cada uno puede contribuir á esta obra, que al mismo tiempo que constituye un altísimo deber, es en sumo grado meritoria: los doctos y los literatos, con la apología y la prensa cotidiana, instrumento poderoso de que tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los maestros, con la cristiana educación de los hijos; los magistrados y representantes del pueblo, con la firmeza en los buenos principios y la integridad de carácter: todos con profesar sin respeto humano sus propias creencias.

Tal es el deber de los católicos: el éxito final está en las manos de Aquel que con amor y sabiduría vela sobre su inmaculada Esposa, y del cual está escrito, "Jesus Christus heri et hodie: ipse et in saecula." A El en este instante dirigimos humilde y ferviente Nuestra plegaria; á El, que amando con amor infinito á la errante humanidad, se hizo su víctima expiatoria en la sublimidad del martirio; á El, que sentado, aunque invisible, en la mística nave de su Iglesia, puede, mandando al mar y á los vientos agitados, sosegar la tormenta. Sin duda Venerables Hermanos, vosotros suplicareis con fervor en compañía de Nos á ese Divino Maestro, que los males que agobian á la sociedad disminuyan, y que los esplendores de luz del cielo iluminen á aquellos que acaso más por ignorancia que por malicia, odian y persiguen á la religión de Jesucristo, y que todos los hombres de buena voluntad se unan estrecha y santamente para obrar. ¡Pueda apresurarse el triunfo de la verdad y de la justicia y que la gran familia humana vea aparecer días mejores, días de tranquilidad y de paz!

Baje entretanto como prenda de las gracias más escogidas, sobre vosotros y sobre los fieles á vuestro cuidado cometidos, la Bendición Apostólica que de todo corazón os enviamos.

Dado en Roma, junto á San Pedro el 19 de marzo de 1902, año vigésimo quinto de Nuestro Pontificado.

### *Leon Papa XIII.*

Nos permitiremos repetir y brevemente declarar, amados hermanos é hijos nuestros, los medios que el Papa nos propone para conseguir la realización de sus nobles aspiraciones que han de serlo de todo hijo de la Iglesia.

A vosotros, ministros del Señor, os pide el Supremo Pastor de la Iglesia que llenos del Espíritu de Jesucristo (que es espíritu de amor y sacrificio) y manteniéndoos en una atmósfera superior á las pasiones políticas, esto es, ajenos á toda mira de partidos, ilumineis á los pueblos con la predicación de la palabra divina, medio admirable de que Dios siempre se ha valido para regenerar á las naciones, atrayendo los corazones con la dulzura de vuestros modales, dulzura digna del ministro de Cristo, quien decía de sí, *aprended de mi que soy manso y humilde de corazón*, y prestandoos con caridad verdaderamente cristiana á mejorar las condiciones de vida de los pobres, por los medios que la misma caridad cristiana os sugerirá, según la diversidad de las circunstancias.

Además, á los fieles, el mismo Sumo Pontífice amonesta y enseña cómo cada uno podrá contribuir á obra de tan grande trascendencia y de tanto merecimiento.

El hombre de estudios, instruido, docto y literato con publicaciones y artículos, en defensa de la Iglesia, ó en favor de la moral y dogma católicos; los padres de familia y maestros con la cristiana educación de los niños; los magistrados y representantes del pueblo con la firmeza en los buenos principios é integridad en el desempeño de sus funciones, y, todos, con profesar sin respeto humano las propias creencias.

Los medios de que ha echado mano la impiedad y la masonería entre nosotros, para hacer del México católico un país indiferente y precipitarlo á los abismos de la incredulidad, son la prensa y la instrucción.

Deberes, pues, y muy graves, son de los católicos, si no quieren cooperar á la obra de la descatalogización de la Patria ni hacerse cómplices de los perseguidores de la Religión:



1º No comprar ni leer libros, novelas ó periódicos que no sean conocidos como católicos. En esta materia, contraen gran responsabilidad de conciencia, los que admiten publicaciones de cualquiera clase, cuyas ideas sean positivistas, liberales, indiferentistas ó de cualquier otro sistema condenado por la Iglesia, y, como los fieles no pueden ser jueces en estas materias, antes de leer ó comprar esas publicaciones, han de consultar con sus confesores ó Párrocos.

2º Contribuir, en cuanto cada uno pueda, á la prosperidad de la prensa católica, quiénes con escritos, y quiénes con suscripciones.

3º Procurar por todos los medios posibles la educación é instrucción cristianas de los niños. En este punto faltan también, y *muy gravemente á sus deberes*, los padres de familia que, teniendo escuelas católicas donde educar á sus hijos, no se valen de ellas sino que dejan á los niños crecer en la ignorancia de la Religión: faltan igualmente á una de las más estrechas obligaciones del cristiano los que, teniendo en sus respectivas parroquias, la instrucción del catecismo, no acuden con regularidad á los templos ó lugares en que se da dicha instrucción, de las principales verdades que el hombre debe creer, y obligaciones que debe cumplir, para poder conseguir la vida eterna.

4º Despreciar el respeto humano, es decir, no dejar de cumplir con ningún deber de cristianos, por temor á las burlas de los hombres, antes por el contrario, con la debida libertad, pero sin ostentación, cumplir con esos mismos deberes y con las demás prácticas que, sin ser obligatorias, son muy adecuadas para confirmarse el hombre en la fe, y, principalmente, en la caridad. En lo cual los padres de familia recuerden que, para cumplir con el deber de educar cristianamente á la familia, han de ser ellos los primeros en las prácticas religiosas, procurando que toda la familia los acompañe. Así es como se irán conservando esas costumbres santas de oír la Sta. Misa, aun en días de trabajo; de frecuentar los Sacramentos; de oír á menudo la palabra de Dios; de rezar diariamente el Sto. Rosario; de nunca omitir los actos del cristiano por la mañana y por la noche; de pedir á Dios y agradecerle el alimento del cuerpo, y otras muchas que la piedad cristiana indica, según las circunstancias de tiempo y lugar.

Aquí teneis, muy de prisa expuestos, los saludables remedios que el P. Santo nos enseña para contrarrestar los estragos de la persecución contra la Iglesia: ¡Dios quiera que así como los habéis oído con santo recogimiento los cumplais con fidelidad!

Volviendo ahora al fausto aniversario del Sumo Pontífice, hemos tenido á bien disponer para celebrarlo como es propio de sus amantes hijos, además de lo mandado en el Edicto de 28 de Noviembre de mil novecientos uno,

Los párrocos y capellanes con la debida anticipación advertirán á los fieles que, el Domingo 29 de Junio, fiesta de Santos los Apóstoles San Pedro y San Pablo lleven la limosna que su piedad les sugiera á la parroquia ó Iglesia en donde oyeren misa, para reunir el óbolo que este año la Diócesis de León ha de ofrecer al Padre Santo.

Reunidas esas limosnas en cada parroquia ó iglesia serán remitidas cuanto antes á la Secretaría del Obispado por los respectivos Párrocos ó Capellanes.

Para terminar, os exhortamos á todos y cada uno Venerables hermanos y amados hijos nuestros á unir vuestras oraciones con las del Santo Padre pidiendo al Señor, con toda clase de buenas obras, que se apresure el tiempo de la verdad y de la justicia.

Esta carta se leerá, en todas las Iglesias de la Diócesis, en dos partes á juicio de los Párrocos y Capellanes, inter misarum solemnía en los dos días festivos próximos despues de recibida.

Os enviamos á todos, amados hermanos é hijos nuestros, pastoral bendición en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en la Casa Episcopal de León, firmada, refrendada y sellada, según estilo, á los diecinueve días del mes de Mayo de mil novecientos dos.

+LEOPOLDO,

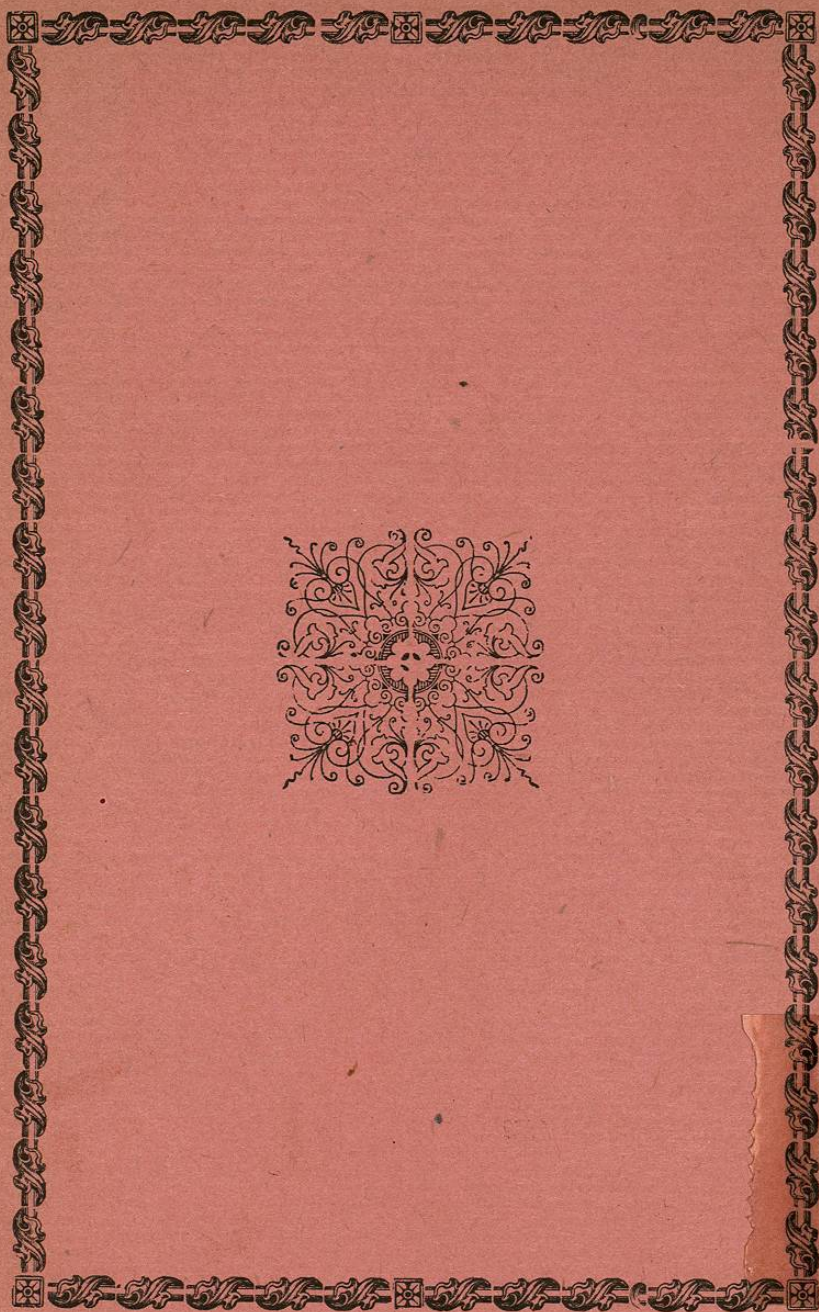
OBISPO DE LEON.

Por mandato de S. S. Ilma.

Angel Martínez,

Secretario.





003